



UNA FINGAL

EL DIABLO
TIENE NOMBRE
DE MUJER

zafiro

Índice

Portada
Sinopsis
Portadilla
Dedicatoria
Capítulo I
Capítulo II
Capítulo III
Capítulo IV
Capítulo V
Capítulo VI
Capítulo VII
Capítulo VIII
Capítulo IX
Capítulo X
Capítulo XI
Capítulo XII
Epílogo
Biografía
Referencias de las canciones
Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos

Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores

Concursos, sorteos y promociones

Participa en presentaciones de libros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora
bre

Descu-
Comparte

Sinopsis

La plácida vida del profesor Fergus Wellan parece venirse abajo cuando una ladronzuela le roba la cartera. Su íntimo amigo Murdock Macallan, en vez de ayudarlo, le complica aún más las cosas cuando se empeña en buscar a la joven para darle el papel protagonista en su nueva película.

María Hidalgo, puertorriqueña del Bronx, un auténtico volcán, sin formación ni refinamiento alguno, aunque muy inteligente, sabe sacar partido del interés que ha despertado en los dos amigos y juega a enamorarlos porque es perversa, indomable y diabólica.

Por su parte, ellos deciden pulirla para convertirla en una gran estrella, pero cometen el error de vender el proceso y el resultado a una cadena de televisión. María será grabada sin su consentimiento y todo será expuesto en un *reality* que dirige Sarah Barnes, una mujer ambiciosa y despiadada que no siempre cumple sus promesas.

Los tres protagonistas caerán presos en sus propias redes, las del amor, pero tal vez sea demasiado tarde para lograr el perdón de María.

¿Será alguno de los dos capaz de imponerse y conquistar a la joven?

EL DIABLO TIENE NOMBRE DE MUJER

Úna Fingal

zafiro 

A todas mis lectoras y lectores, con cariño

Capítulo I

Fergus Wellan irrumpió en el aula como solía, despistado y ajeno a las gradas, abarrotadas por sus alumnos —mucho mejor si puntualizamos: alumnas— de Escritura Creativa en el Grado de Lengua y Literatura Inglesa de la Universidad de Columbia. Dejó algunas notas sobre la mesa, se atusó el pelo, demasiado largo y despeinado, y colocó unas gafas de montura redonda delante de sus ojos, miopes y ligeramente achinados. Sobre pasaba a los demás en altura una cabeza, y su cabello y su barba claros, junto a su piel atezada, le conferían un aire muy distinguido. De origen irlandés, además de ser profesor, dirigía el Departamento de Inglés y Literatura Comparada. A sus treinta y cinco años había publicado más de veinte exitosas novelas de misterio y gozaba del respeto y reconocimiento del público y de la comunidad docente.

La clase iba a dar comienzo en breves instantes. Los alumnos aún intercambiaban saludos o bromeaban entre sí, aunque algunas toses de sus compañeros llamándoles la atención para que se callaran indicaban el ánimo expectante de otros. Él se mantenía impertérrito, serio y distante. No era antipatía, sino timidez.

La sesión transcurrió de forma agradable, en algún momento interrumpida por las tristes gracias de alumnas extramotivadas, a las que él respondía con una templada pausa y una mirada imprecisa por encima de los anteojos, mos-

trando así sus ojos verdes como un olivar. La última, dirigida al fondo, le devolvió la presencia de su amigo Murdock Macallan, realizador de películas de género negro, a quien nada unía con los fabricantes del mítico whisky, salvo las botellas vacías almacenadas en su despacho desde tiempos inveterados, como él mismo se encargaba de mencionar una y otra vez cuando tenía oportunidad. Macallan, locuaz, mordaz, ingenioso e infatigable, no perdía jamás la ocasión de agasajar a sus interlocutores con una ocurrencia inesperada que los dejara descolocados, y tan sólo Fergus era capaz de combatirlo. Ambos gozaban de una indecorosa amistad desde hacía tantos años como ellos mismos, como solían jactarse. Por separado, eran animales dóciles y mansos, casi de redil, pero juntos se convertían en una fiera monstruosa y temible.

—Se acabó esta mierda, chavales —celebró un muchacho, sentado delante de Murdock, cuando la clase terminó.

—Sí, porque la mierda se va —saltó Murdock, acompañando visualmente la salida del joven.

Éste lo oyó y le dedicó una mirada mitad desconcertada, mitad ofendida, pero él le dedicó un desfallecido ademán con el brazo. Luego bajó para encontrarse con su compañero de fatigas.

—¿Qué ocurre, Murdock?

—Quiero que supervises mi nuevo guion...

Recorrían con paso apresurado los pasillos de la facultad mientras sostenían un café entre las manos; Murdock los había sacado a la carrera de la máquina dispensadora.

—De acuerdo —accedió Fergus, como era habitual—. Dame un par de meses y lo haré; ahora estoy muy liado con...

—¿Un par de meses?! ¡No tengo ni una semana! —farfulló su amigo.

—¿Cómo es eso, tío?!

—El productor se ha vuelto loco; lo ha adelantado todo, y ni siquiera tengo a la actriz principal. Los *castings* ya me irritan tanto que me levanto en cuanto aparece la aspirante; son todas un plomo y, encima, iguales, clones... ¿De dónde las sacan?

—Pobres chicas, ¿tan malas son?

—No, qué va. No es que sean malas, y no puedo negar que le ponen empeño, pero no destacan; en conjunto son como una línea plana, grises, sin matices.

—¿Y si optas por alguna de las grandes?

—Simplemente, no puedo trabajar con ellas. Es una cuestión de encaje, no responden al perfil que busco. Prefiero a alguien virgen... aunque no sepa interpretar, pero con alma, con ese brillo penetrante en la mirada. Ya la moldearemos. Además, físicamente quiero que se parezca a Brigitte Bardot, pero más alta, más delgada, más...

—Estás como una cabra, Murdock.

—Lo sé, pero es que tiene que ser así.

—¿Y de dónde piensas sacarla?

—No lo sé, por eso tienes que ayudarme... Quizá alguna de tus alumnas.

—Olvídalo, no voy a hacer eso.

El profesor Wellan tomó la delantera, decidido a no inmiscuirse en ese asunto. Murdock lo seguía a pocos pasos.

—¿Y si...? —insistió.

—No —respondió, tajante.

—Sería de lo más ventajoso para ambos —volvió a la carga el cineasta.

—¡No! —repitió, impenetrable, Fergus.

—Pero, si lo pensases con detenimiento, podríamos...
—Macallan tenía trabajo para seguirle el paso.

Wellan se detuvo en seco y se volvió hacia él.

—¿Entiendes el significado de ene seguida de o? —replicó mientras le encasquetaba el vaso de café y seguía adelante sin esperarlo—. Eso sí, envíame ese guion y veré qué puedo hacer para revisarlo cuanto antes —añadió, y Murdock lo perdió de vista, pues desapareció entre el enjambre de alumnos que transitaban el corredor.

* * *

Pocos días después volvían a encontrarse, esa vez en una gran librería de la Quinta Avenida donde tenía lugar la presentación de la última novela de Fergus Wellan, *Juego de llaves*. Como solía ocurrir en cada uno de esos acontecimientos, estaba atestada, mayoritariamente por un público femenino.

—Si te dedicases a la actuación, no te iría mejor —le murmuró Murdock, satisfecho—. Tal vez sólo para ligar..., ligarías más, eso sí.

—Tanto como tú, ¿no es cierto? —replicó el aludido, alzando los labios a medias en una característica mueca.

—Puto irlandés —rezongó su amigo.

Murdock Macallan —de la misma edad que Fergus y tan pelirrojo y fornido como un McDougall de las Highlands, de donde provenía, con su barba esculpida y unos ojos intensamente azules bajo sus densas cejas— permanecía en el mismo y activo estado de soltería que su hermano de hazañas.

Elsa Thomson, la agente literaria de Fergus, dio inicio al acto y los presentes se mostraron animados, participativos

y vibrantes, por lo que él acabó con el rostro arrebolado y casi sudoroso, a pesar de mantener su inalterable conducta, formal y distante en exceso. Lo cierto es que fue semiaarrastrado por la ardorosa corriente, y sus mejillas encendidas dieron buena cuenta de ello. Además, cuando la pragmática Elsa dio fin a la presentación, aún le aguardaba otro momento caliente: el de la firma de ejemplares. Cuando vieron la interminable cola de lectores, con los libros aferrados como un tesoro sobre sus pechos palpitantes, Fergus y Murdock intercambiaron una alentadora mirada.

—A saltar la trinchera con valor, hermano —lo animó su amigo.

Él soltó aire de modo discreto.

—Puedo hacerlo, ¿verdad? —respondió, intentando divisar el lejano final de la infinita fila.

El escocés esbozó la mejor de sus sonrisas mientras su circunspecto colega se dispuso a afrontar la misión con un destello de firmeza en sus ojos verdes. Así se internaron en el corazón de la carga ligera de fans que los devoró en cuestión de segundos.

Cuando todo acabó por fin, lograron adentrarse en Central Park, no sin antes librar la última batalla con los aspirantes a novelista, guionista, e incluso a actores y actrices, pisándoles los talones mientras les lanzaban preguntas ininteligibles.

—Aquí, ven.

Macallan tiró de su amigo y lo introdujo en un bar frente al lago. Ya a salvo de miradas y persecuciones, resoplaron a la vez que tomaban asiento en la barra.

—Qué barbaridad, nunca lograré acostumbrarme a eso —farfulló Murdock.

—Pero si te encanta, por eso jamás fallas a ninguna de mis presentaciones —le atizó Fergus.

—Ahora mismo te mataría, pero, bueno, sí, es verdad... ¿Has visto a la rubia que casi me arranca la camisa...? Cambiando de tema, ¿qué hay de mi guion?

—¿Empezamos con cerveza? —Fergus le hizo una seña al camarero para que les sirviera dos jarras de presión.

—¿Empezamos? —Murdock rio—. Esto promete. Pero contéstame: ¿qué hay de mi guion?

El camarero posó las bebidas ante ellos. Fergus casi se bebió la mitad de su jarra de un trago.

—Tío, sí que estás seco.

—Lo estoy, mucho.

—Pongamos remedio a eso, entonces. —Dicho esto, y tras acabar su cerveza en dos únicos sorbos, con un gesto, pidió otra ronda.

»Mi guion... —volvió a la carga el cineasta.

—Joder, Murdock. Toma, acabado.

Fergus le tendió un *pendrive* sin mirarlo siquiera y se centró en su cerveza.

—Por las barbas del primer Macallan, esto es serio... ¿Qué ocurre? —se preocupó.

Conocía demasiado a su colega como para saber que, si no lo provocaba o lo enviaba a la mierda, era porque alguna razón de peso lo tenía abrumado.

—Estoy en dique seco, tío. Hace un año que sólo empiezo historias y más historias, pero sin lograr superar el segundo capítulo. No paso de las doce páginas. Doce putas y exactas páginas, siempre, y carpetazo. Me da pereza la documentación, abandono con rapidez cualquier proyecto... No me apetece sentarme ante el ordenador, incluso le gruño cuando me mira mal... Un asco todo... —se sinceró Fer-

gus, haciendo al final un chasquido con la lengua y fijando los ojos en el borde de la barra.

—¿Que le gruñes al ordenador...? —planteó su amigo, pasmado.

El escritor asintió con la cabeza. Murdock reflexionó un breve instante y, tras palmearle un hombro, proclamó:

—¿Quién dice que es necesario escribir sin parar? Sabes que la tierra debe ser dejada en barbecho cada siete años, para que recupere su fertilidad, ¿no es así? Pues, con la materia gris, pasa lo mismo, tío.

Fergus lo contempló con una ceja arqueada, en silencio, para acabar de nuevo con la mirada en el interior de la jarra.

—Bueno... o cada cuanto sea —rectificó su amigo—. Lo importante es ser capaz de descansar un poco, permitir que se renueven cuerpo y alma, dejar fluir, permitir que de nuevo florezca todo dentro y fuera de nosotros. Tú lo sabes mejor que yo. No te desesperes. Vive la vida; puedes permitirte, ¿no? ¿O quizá es que te has arruinado?

—No, hombre, eso no.

—Además, tienes tus clases; céntrate en ellas y aparca las novelas durante un tiempo.

—Me irrita impartir clases.

—Ups, eso es más grave. Entonces... ¡cógete un año sabático! Disfruta de la vida, baila, navega, ve a dar la vuelta al mundo, escala el Everest... No sé, hay montones de cosas que un soltero empedernido como tú, que goza de toda la libertad, puede hacer para no aburrirse.

Fergus rio, amagando ese gesto con una leve mueca de sus labios.

—Necesito cambiar de vida...

—Lo que tú necesitas es una buena mujer.